

perador le daba un terrón de azúcar y le abrazaba diciendo: «¡Hola, primo!»

Montevideo, hermoso y robusto bayo oscuro, de la América meridional, había hecho la guerra de España.

Emir, alazán turco, con una raya negra en la espalda, como los mulos, crin y cola negra y botinero también negro en las patas. Montado en el *Emir* entró el Emperador en Madrid. Asimismo estuvo este caballo en las campañas de Rusia y Francia.

Gonzalbo, bayo dorado, de mucha alzada, tenía la misma hoja de servicios: España, Rusia y Francia. En él montaba Napoleón en la batalla de Brienne y una bala le rompió la brida izquierda.

Roitelet, cruce de caballo inglés y yegua lemosina, de mucha alzada y cola en plumero. En 1809 había lanzado al Emperador, en una revista celebrada en Schœnbrunn, contra las filas de los granaderos de la Guardia y poco faltó para que desmontara al jinete, con riesgo de herir á varios soldados. Estuvo en Rusia, en donde el Emperador le perdonó la mala pasada de Schœnbrunn en gracia á que resistió gallardamente las penalidades de la retirada. *Roitelet*, herrado recientemente, le llevó durante toda una jornada sin tropezar ni una sola vez. Lo montaba Napoleón en la batalla de Lutzen, cuando una bala de cañón rozó el cuarto trasero del bruto, arrancándole un trozo de piel. También lo montaba en Arcis-sur-Aube, en donde un obús estalló cerca de ellos. Asustado *Roitelet* se encabritó, lanzando al Emperador á diez pasos de distancia, pero levantándose éste al instante, volvió á montar diciendo: «Vamos, no ha sido más que un poco de miedo.» Cuando Napoleón, después de aquel incidente, iba á acariciarle á las caballerizas, nunca dejaba de pasarle la mano por los ijares, en donde no había vuelto á crecer el pelo.

Pero sus dos caballos más populares eran dos corceles blancos que el pueblo llamaba indistintamente «el caballo blanco del Emperador,» y que habían sido, á este respecto, tan famosos como su típico sombrero. El uno, *Tauris*, era un caballo persa de maravillosa delicadeza de formas, con la cola perfilada, blanco gris plata, regalo del emperador Alejandro en el Congreso de Erfurth. Lo había montado Napoleón en las batallas de Vitepsk, Esmolensko y Moscowa, y sobre sus lomos entró en Moscou. Compartió con *Roitelet* las jornadas de la

retirada de Rusia y lo montaba el Emperador el 25 de Octubre, cuando, en la carretera de Kaluga, por poco cae en poder de los cosacos. Mientras el estado mayor imperial cargaba sable en mano para librar á Napoleón, se excitó *Tauris* con tal ardor bélico que fué preciso agarrarle por las riendas para que no arremetiese contra las líneas enemigas. También le llevaba al pasar el siniestro puente del Bere-sina. Estuvo en Dresde, Leipzig y en la campaña de Francia.

Su otro caballo blanco era el *Intendant*, de raza normanda; tenía el andar majestuoso y buena alzada, por lo que servía para las revistas y entradas triunfales. Los de la Guardia le llamaban *Coco*.

El *Eufrates*, caballo del Norte, y el *Heliópolis*, de raza árabe, pasaron al servicio de Bertrand y Drouot, y el *Córdoba*, andaluz, alazán tostado, de temperamento apacible, traído de España, estaba destinado á María Luisa.

A estos eminentes brutos, con sillas de terciopelo carmesí, arreos y estribos de plata y pistoleras acanaladas, cuyo pomo figuraba una cabeza de Medusa, añadió el Emperador un caballo corso y otro elbense para las excursiones por el interior de la isla y las ascensiones á la montaña.

Se instalaron las caballerizas en los almacenes de la pesquería del atún, cuyo inquilino fué desahuciado, y «se pavimentaron muy bien, poniendo abrevaderos, comederos, graderías á derecha é izquierda y un pasadizo en el centro.» Altas ventanas, abiertas en la techumbre, iluminaban el local (1).

Los elbenses, que nunca habían visto tratar tan bien á los caballos, acudieron á contemplar la suntuosa instalación y admirar la estampa de los nobles brutos, que fueron objeto de numerosas preguntas y comentarios.

Además, había veinticuatro caballos de arrastre y cuarenta y ocho de menor importancia para tiro. La rodalía constaba de los siguientes coches: seis berlinas y la calesa de viaje, en que el Emperador recorrió el trayecto de Fontainebleau á Fréjus; dos carretelas descubiertas, un landó, dos coches de camino, una calesa de caza y otra de provisiones, un cabriolé, cinco mulos con albardones, cuatro

(1) MONIER, p. 63; PONS DE L'H., citado en el *Registro de la isla de Elba*, p. 116; VINCENT, p. 204.

carromatos y ocho furgones de campaña, que servían de acarreo en las obras ejecutadas por cuenta del Emperador.

Al arsenal se mandaron, con las cureñas y cajas de municiones, 13 caballos de picadero, 102 de tiro y 27 coches.

El personal de las caballerizas, cuyas atribuciones fijó el Emperador con tan severo formalismo como en París, se componía del caballerizo mayor Vincent, tres caballerizos de segunda, un guarnicionero, un veterinario, un herrador, un profesor de equitación, dos ayudantes, un jefe de cocheros, ocho cocheros, diez palafreneros, dos cabos de cuadra, dos cerrajeros, un carpintero y un sastre de libreas. En suma, 35 empleados, bajo la dirección de uno de los prefectos de Palacio (1).

Las dos carretelas de paseo y la de provisiones estaban constantemente enganchadas y en disposición de marcha.

En los arneses campeaba el águila imperial. La librea de los cocheros era sombrero galoneado de oro, fraque verde con botones dorados y chaleco encarnado, con galones, y cuello postizo. Los lacayos no llevaban galones en el chaleco.

Toda esta pompa cortesana tenía por objeto demostrar á los elbenses y á los extranjeros transeuntes que Napoleón, rey de la isla de Elba, seguía siendo testa coronada y en manera alguna un proscrito. Además, era de todo punto necesaria para infundir respeto á sus vasallos, y cuando salía en sus doradas carretelas, rodeado de los caballerizos, con Bertrand y Drouot á una y otra portezuela, entre el rumor de las ruedas, el trote de los caballos y el chasquido de sus látigos, parecía como si las nubes de polvo envolvieran la ilusión del magno Emperador.

* * *

El 2 de Agosto desembarcó la venerable y severa majestad de Leticia Bonaparte, madre del Emperador, semejante á una Cornelia

(1) *Registro de la Isla de Elba*, núm. 5; VINCENT, p. 225 y 226; PEYRUSSE, p. 243. — Este personal se aumentó con dos ayudantes de equitación y tres cocheros, para la madre del Emperador, la princesa Paulina y la condesa Bertrand, al llegar á la isla estas tres señoras. Al número de coches se añadió la carretela en que Leticia fué de Roma á Liorna y la que Paulina trajo de Nápoles. La servidumbre del Emperador constó así de setenta y cinco á ochenta personas.

romana, impasible ante la dicha y el infortunio, tan ecuánimemente dispuesta á ocupar un trono en las Tullerías como á vestir la saya y capucha de su tierra nativa. Ni la desgracia ni los años lograron doblegarla. Cuando la dispersión de la familia, partió el 11 de Abril de Orleans á Roma, acompañada de su hermano el cardenal Fesch (1).

Sabedora de que Napoleón su hijo era legítimo soberano de la isla de Elba, le escribió el 2 de Junio, diciéndole que estaba dispuesta á reunirse con él, y, después de cruzadas algunas cartas para determinar el viaje, salió de Roma el 26 de Julio. Los caminos de Italia estaban infestados de bandidos y las costas de piratas. Entre ambos peligros, Leticia Bonaparte, que siempre había mirado el mar con aversión, prefirió exponerse al de los bandidos. El pasaporte que le dió el Papa, por mediación del cardenal Pacca, disimulaba su identidad con el nombre de señora de Pont (2).



La cama de la madre de Napoleón.

Llegó sin tropiezo el 29 de Julio á Liorna, con su mayordomo Colonna y escasa servidumbre, en comitiva de dos carretelas de seis caballos, una calesa y un cabriolé, escoltados por cuatro guardias que le proporcionó su hijo Luciano y cuatro húsares austriacos que el gobierno de esta nación le facilitó en Pisa. El 2 de Agosto embarcó en el brique inglés *Grasshopper*, entre los fuegos y silbidos de la chusma agolpada en el muelle.

(1) LARREY, II, p. 56, 57, 62 y siguientes. — Leticia encontró á su hermano el cardenal en el convento de Pradines, cerca de Roanne, y llegó con él á Roma el 12 de Mayo por la noche. Tenía entonces sesenta y cuatro ó sesenta y cinco años, pues no se sabe á día fijo la fecha de su nacimiento.

(2) Este pasaporte obra en poder del alcalde de Porto-Ferrajo, señor Bigeschi. Lleva la fecha del 27 de Junio, en que lo recibió la interesada, y dos revisiones de trayecto, una del 27 y otra del 28 de Julio, en Siena.

Battersby, capitán del buque, la recibió con los honores debidos á su sexo y categoría. Durante el viaje se mantuvo recostada en un diván que se le había dispuesto en el puente, escudriñando con la mirada el horizonte en que se velaba la isla de Elba, y cuando le advirtieron que ya se distinguía el palacio de los Molinos, se encaramó ágilmente á una cureña para verlo mejor. Sorprendióse al desembarcar de que su hijo no la esperara en el muelle; pero Napoleón, que ignoraba la fecha exacta del arribo, había ido á dar una vuelta por la isla. En cuanto supo la llegada de su madre, acudió presuroso, y tan patéticamente emocionado se mostró al abrazarla, que á muchos circunstancias se les escaparon las lágrimas, y todos convinieron en que no podía ser un ogro sin entrañas quien de tal suerte manifestaba los más puros sentimientos de amor filial (1).

Leticia Bonaparte se acomodó en una casa vecina á los Molinos, alquilada al mayordomo Vantini por 200 francos mensuales (2). Al poco tiempo recibió por seguro conducto sus alhajas, que á prevención dejara en Roma, y mandó que de esta ciudad y de París se le enviaran sus muebles, entre los cuales se encontraba una magnífica cama de caoba con cuatro columnas y aplicaciones de latón dorado, amén de trece butacas tapizadas de rojo (3). Leticia extendió su protección á todos los corsos residentes en Elba, que de esta suerte se volvieron más insufriblemente codiciosos.

La casa Vantini se destinó de primera intención á Paulina Borghese, la princesa Paula, como la llamaban en la intimidad. Después de su encuentro con el Emperador en Bouillidou, se encaminó inmediatamente á Fréjus para embarcarse con él, pero quebrantos de salud, motivados por tantos y tan funestos acontecimientos, la detuvieron en Muy, á cuatro leguas del punto de embarque. Por fin, llegó á la isla el 31 de Mayo y fué preciso llevarla á los Molinos, en donde el Emperador le cedió su propio lecho, único disponible en aquel palacio todavía en construcción y lleno de artesanos del ramo. A los dos días dijo Paulina que no podía sufrir tanto estrépito, y con la cabeza

(1) PONS DE L'H., p. 205 y 206.

(2) Todavía existe esta casa, que actualmente ocupa el subprefecto de la isla, y en su interior hay una inscripción conmemorativa.

(3) LARREY, p. 79, 84, 85, 86 y 105. — Según todas las probabilidades, esta cama es la misma que se conserva en el museo de San Martino.

trastornada se marchó á Nápoles, con promesa de volver en cuanto mejorase de salud y su hermano le dispusiera alojamiento. El Emperador alquiló á este propósito la casa Vantini, pero como Paulina no había vuelto, la puso á disposición de su madre.

Declaraba el Emperador que á no tardar llegaría la emperatriz María Luisa, separada temporáneamente de él por causas independientes de su voluntad, y á fin de que nadie lo dudase, mandó disponer en los Molinos un aposento para ella y su hijo el rey de Roma. En las caballerizas estaba á punto el caballo que la Emperatriz montaría en sus excursiones por la isla, y se habían encargado á Liorna los vasos de colores y fuegos artificiales para los correspondientes festejos (1). Los elbenses tuvieron en esta promesa un estímulo de su curiosidad, diversiones en perspectiva y una segura fianza de que su bien amado monarca estaba resuelto á permanecer en la isla.

* * *

Una sombra obscurecía el cuadro. En aquel minúsculo mundo se movía un hombre de perfil enjuto, mirada escrutadora, sonrisa forzada, con enorme cicatriz en la frente, artísticamente envuelta en una pañoleta de seda. Era el coronel Campbell, irrepreensiblemente uniformado, de modales á más no poder británicos y distinguidos, que seguía los pasos del Emperador y en todas partes se encontraba como por casualidad (2). El comisario austriaco Koller se había despedido el 9 de Mayo, quedando únicamente Campbell para vigilar al terrible vencido.

Era Campbell natural de Escocia y había peleado en España y Portugal á las órdenes de Wellington. En Suecia conoció á Mme. de Stael, allí desterrada, y estuvo en la batalla de Bautzen, donde, con anteojos de campaña, vió por vez primera al Emperador, que recorría las filas de su ejército. Durante la campaña de Francia, en el combate de Fère-Champenoise, entre franceses y rusos, un cosaco le derribó de una lanzada, y aunque gritaba en ruso que era un coronel

(1) VINCENT, p. 231, 366 y 368; *Registro de la isla de Elba*, núm. 38.

(2) PONS DE L'H., p. 10, 83 y 236.